

ALFAGUARA



Sylvain Tesson

La vida simple

Febrero-julio 2010

Traducción de César Aira

«Pues yo pertenezco a los bosques y a la soledad.»

KNUT HAMSUN, *Pan*

«La libertad sigue existiendo. Basta con pagar su precio.»

HENRY DE MONTHERLANT, *Carnets 1957*

Un paso al costado

Me había prometido vivir como ermitaño en el fondo de los bosques, antes de cumplir los cuarenta años.

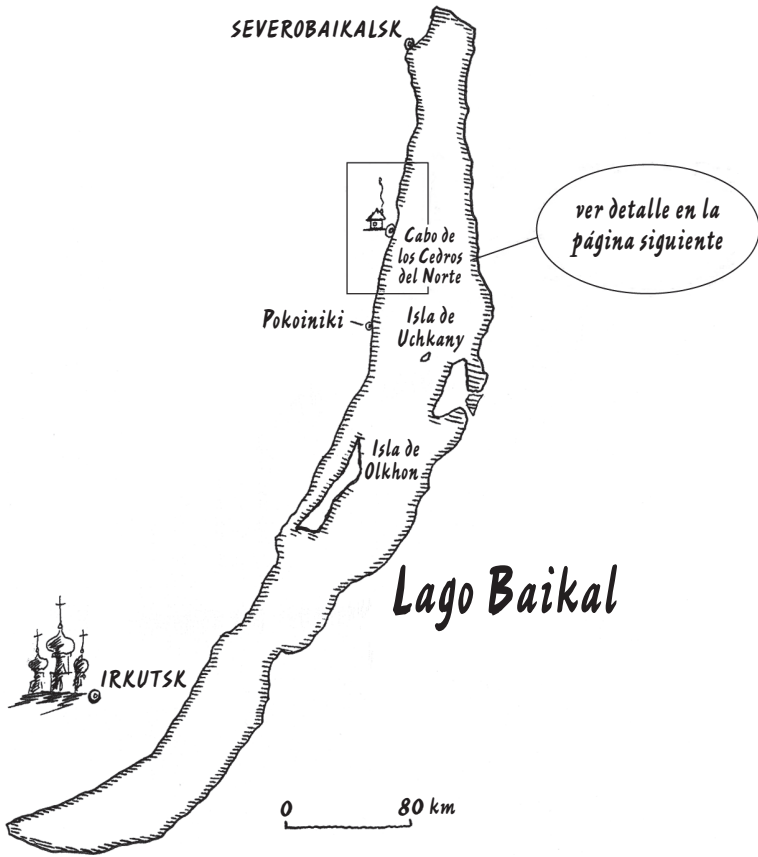
Me instalé durante seis meses en una cabaña siberiana a orillas del lago Baikal, en la punta del cabo de los Cedros del Norte. Tenía el pueblo más cercano a ciento veinte kilómetros, ningún vecino, ni rutas de acceso; a veces, una visita. En invierno, temperaturas de treinta grados bajo cero, en verano osos en la ribera. En resumen, el paraíso.

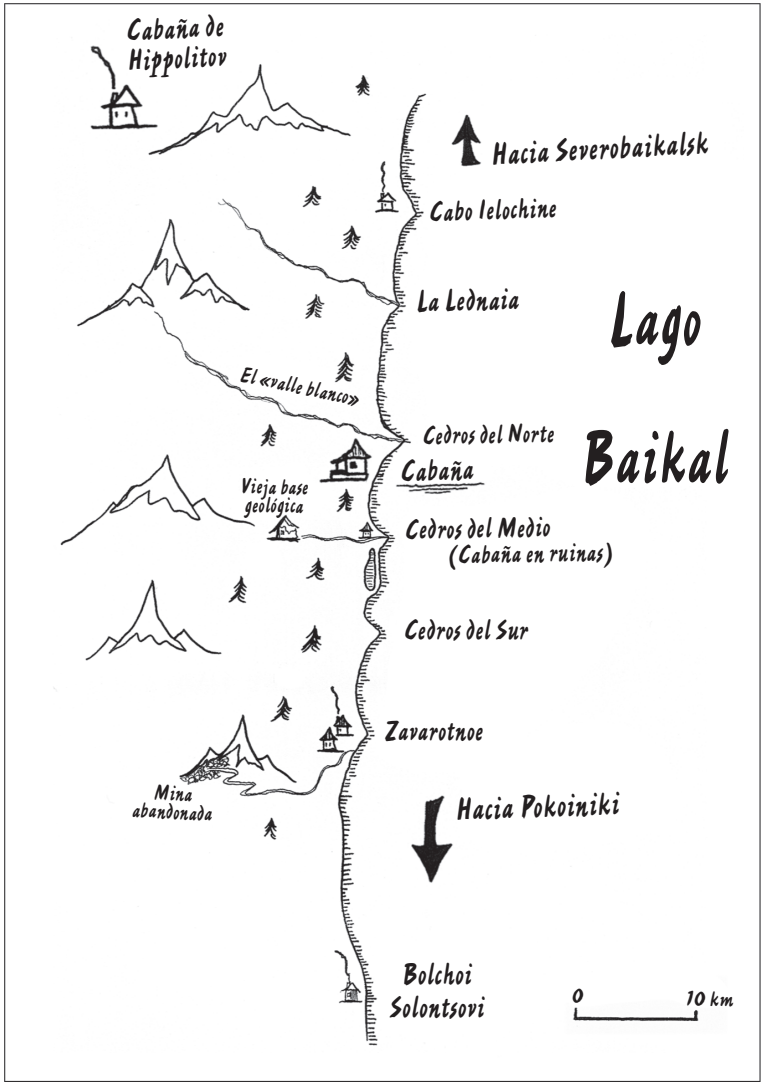
Llevé libros, puros y vodka. El resto —el espacio, el silencio y la soledad— ya estaba allí. En ese desierto me inventé una vida sobria y bella, viví una existencia reducida a gestos simples, miré los días pasar, frente al lago y al bosque. Corté leña, pesqué la cena, leí mucho, subí a las montañas y bebí vodka, mirando por la ventana. La cabaña era un puesto de observación ideal para captar los estremecimientos de la naturaleza.

Conocí el invierno y la primavera, la felicidad, la desesperación, y, finalmente la paz.

En el fondo de la taiga, sufrí una metamorfosis. La inmovilidad me dio lo que ya no me daba el viaje. El genio del lugar me ayudó a domesticar el tiempo. Mi retiro se volvió el laboratorio de esas transformaciones. Todos los días consigné mis pensamientos en un cuaderno. Ese diario de ermitaño es lo que tenéis en las manos.

S. T.





Febrero

El bosque

La marca Heinz comercializa unas quince salsas de tomate distintas. El supermercado de Irkutsk las tiene todas y no sé cuál elegir. Ya llené seis carritos con pasta y tabasco. Me espera el camión azul. Micha, el chofer, no ha apagado el motor, y afuera hace treinta y dos grados bajo cero. Mañana nos vamos de Irkutsk. En tres días llegaremos a la cabaña, en la costa oeste del lago. Debo terminar las compras hoy. Elijo la Tapas Super Hot de la línea Heinz. Me llevo dieciocho frascos. Tres por mes.

Quince clases de ketchup. Es por cosas así que tengo ganas de apartarme de este mundo.

9 de febrero

Estoy acostado en mi cama en la casa de Nina, calle de los Proletarios. Me gustan los nombres de las calles en Rusia. En las aldeas se encuentra la «calle del Trabajo», la «calle de la Revolución de Octubre», la «calle de los Partisanos», y, a veces, la «calle del Entusiasmo», por la que circulan lentamente viejos autos grises.

Nina es la mejor hospedera de Irkutsk. Antes fue pianista, se presentaba en salas de concierto de la Unión Soviética. Ahora lleva una casa de huéspedes. Ayer me dijo, «¿Quién habría dicho que un día me transformaría en una fábrica de panqueques?». El gato de Nina ronronea sobre mi panza. Si yo fuera un gato, ya sé sobre la panza de quién me calentaría.

Estoy en el umbral de un sueño que ya tiene siete años. En 2003 estuve por primera vez en las orillas del Baikal.

Caminando por la playa, descubrí cabañas regularmente espaciadas, pobladas por ermitaños curiosamente felices. La idea de escaparme al amparo de esos montes, solo, en el silencio, se abrió camino en mí. Siete años después, heme aquí.

Necesito reunir la fuerza para sacarme de encima el gato. Levantarse de la cama exige una energía formidable. Sobre todo a la hora de cambiar de vida. Este deseo de dar media vuelta cuando uno está a punto de tomar lo que desea. Hay hombres que retroceden en el momento crucial. Tengo miedo de pertenecer a esa especie.

El camión de Micha está cargado hasta el tope. Para llegar al lago, cinco horas de ruta a través de estepas heladas: una navegación, por las cimas y hondonadas de un oleaje petrificado. Hay aldeas que humean al pie de las colinas, vapores suspendidos de las alturas. Frente a visiones como éstas, Malevich escribió: «Quien haya cruzado Siberia nunca más podrá postularse a la felicidad». Desde la cima de una cresta, aparece el lago. Hacemos un alto para beber. La pregunta, después de cuatro tragos de vodka: ¿por qué milagro la línea del litoral coincide tan perfectamente con los contornos del lago?

Liquidemos de una vez las estadísticas. El Baikal, setecientos kilómetros de largo por ochenta de ancho y un kilómetro y medio de profundidad. Veinticinco millones de años. En invierno, una capa de hielo de ciento diez centímetros. El sol se burla de estos datos. Irradia su amor sobre la superficie blanca. Las nubes filtran rayos, un tropel de placas de luz se desliza sobre la nieve. La mejilla del cadáver se ilumina.

El camión parte sobre el hielo. Bajo las ruedas, un kilómetro de profundidad. Si caemos en una falla, la máquina se hundirá en lo negro. Los cuerpos caerán silenciosamente. Lenta nieve de los ahogados. El lago es una caverna soñada para quien le teme a la podredumbre. James Dean quería morir dejando «un bello cadáver». Los pequeños camarones *Epischura baikalensis* limpiarán los cuerpos

en veinticuatro horas y no dejarán más que el marfil de los huesos en el fondo de las aguas.

10 de febrero

Pasamos la noche en la aldea de Khujir, en la isla de Olkhon (se pronuncia *Olkhraune*, a la nórdica), y marchamos hacia el norte. Micha no dice palabra. Admiro a la gente muda, me imagino sus pensamientos.

Voy hacia el lugar de mis sueños. La atmósfera es lúgubre. El frío ha soltado sus cabellos en el viento. Los filamentos de nieve saltan frente a las ruedas. La tormenta se mete en el intersticio entre el cielo y el hielo. Miro la ribera, trato de no pensar que voy a vivir seis meses en estos prados de réquiem. Están todos los ingredientes de la imaginación siberiana de la deportación: la inmensidad, el fulgor lívido. El hielo tiene aspecto de sudario. Había inocentes arrojados durante veinticinco años en esta pesadilla. Yo lo hago por mi voluntad. ¿De qué me podría quejar?

Micha: «Es triste».

Después, silencio, hasta el día siguiente.

Mi cabaña está situada al norte de la reserva Baikal-Lena. Es un viejo refugio de geólogo construido en los años ochenta y hundido en un claro entre cedros. En el mapa, los árboles le han dado su nombre al lugar: «Punta de los Cedros del Norte». Cedros del Norte suena como un nombre de residencia de ancianos. Después de todo, se trata de un retiro.

Circular sobre un lago es una transgresión. Sólo los dioses y las arañas caminan sobre las aguas. Tres veces tuve la impresión de estar rompiendo un tabú. La primera, al contemplar el fondo del mar de Aral, vaciado por los hombres. La segunda, leyendo el diario íntimo de una mujer. La tercera, conduciendo sobre las aguas del Baikal. Cada vez, la impresión de desgarrar un velo. El ojo mira por el agujero de la cerradura.

Se lo explico a Micha. No responde nada.

Esta noche hacemos alto en la estación científica de Pokoiniki, en el corazón de la reserva. Serguei y Natasha son sus guardianes. Son hermosos como dioses griegos, salvo que con más ropa encima. Viven aquí desde hace veinte años, persiguiendo cazadores furtivos. Mi cabaña está a cincuenta kilómetros de ellos, al norte. Me agrada tenerlos de vecinos. Pensar en ellos me será agradable. Su amor: una isla en el invierno siberiano.

Pasamos la velada con dos de sus amigos, Sacha y Yura, pescadores siberianos que encarnan dos tipos dostoiévskianos. Sacha es hipertenso, rosado, vital. Su mirada dura está alojada en el fondo de ojos mongoloides. Yura es sombrío, rasputiniano, alimentado a pescados del barro. Su piel es lívida como la de los habitantes del Mordor tolkieniano. El primero está destinado a las asonadas, el otro a las conspiraciones. Yura no va a la ciudad desde hace quince años.

11 de febrero

A la mañana, volvemos al hielo. Desfila el bosque. Cuando tenía doce años, habíamos ido a Verdún a visitar el museo de la Gran Guerra. Recuerdo la sala del Camino de las Damas. En la trinchera, los soldados habían estado cubiertos de una capa de barro. El bosque esta mañana es un ejército hundido del que sólo asoman las bayonetas.

El hielo cruje. Placas comprimidas por los movimientos de la capa explotan. Líneas de falla recorren la llanura mercurial, escupiendo caos de cristal. Sangre azul de una herida del vidrio.

«Hermoso», dice Micha.

Y nada más hasta la noche.

A las siete de la tarde, aparece mi Punta. La Punta de los Cedros del Norte. Mi cabaña. Las coordenadas GPS son: N 54°26'45.12"/E 108°32'40.32".

Las siluetas oscuras de pequeños personajes acompañados de perros avanzan en la playa para recibirnos. Brueghel pintaba así a los campesinos. El invierno transforma todo en un cuadro holandés: preciso y barnizado.

Nieva, después cae la noche y todo ese blanco se vuelve un negro terrible.

12 de febrero

Volodia T., inspector forestal, tiene unos cincuenta años y vive desde hace quince en la cabaña de los Cedros del Norte con su mujer, Ludmila. Usa anteojos de cristal ahumado y tiene un rostro bonachón. Hay rusos que se parecen a determinados animales: a él le tocaría el oseznó. Volodia y Ludmila quieren volver a Irkutsk. Ludmila está enferma (flebitis) y debe hacerse tratar. Su piel, como la de las mujeres rusas embebidas en té, es tan blanca como el vientre de las ranas: el sistema venoso dibuja filamentos bajo el nácar. Me esperaban para partir.

La cabaña humea en su bosque de cedros. La nieve ha cubierto el techo, como un merengue, las vigas tienen un color de pan de centeno. Tengo hambre.

La morada se levanta a los pies de elevaciones de dos mil metros. La taiga sube hacia la cima, pero capitula a los mil metros. Más allá es el reino de la piedra, del hielo, del cielo. La pendiente sube detrás de la cabaña. El lago, por su parte, reposa a cuatrocientos cincuenta metros de altura; desde mis ventanas veo la costa.

A treinta kilómetros unos de otros, puestos de la reserva albergan a inspectores, todos bajo el mando de Serguei. Al norte, en la punta de Ielochine, mi vecino se llama Volodia. Al sur, en el pequeño caserío de Zavarotnoe, otro Volodia. Más adelante, melancólico, cuando tenga necesidad de beber en compañía, me bastará con caminar un día entero hacia el sur, o cinco horas hacia el norte.

Serguei, el jefe de los guardias, ha venido con nosotros desde Pokoiniki. Al bajar del camión, contemplamos este esplendor en silencio, y después me dijo tocándose la sien: «Éste, es un magnífico lugar para suicidarse». En el camión viene también mi amigo Arnaud que me acompaña desde Irkutsk. Vive ahí desde hace quince años. Se casó con la mujer más bonita de la ciudad. Ella soñaba con la avenida Montaigne y con Cannes. Cuando comprendió que Arnaud sólo quería recorrer las taigas, lo abandonó.

Durante los días siguientes, juntos, haremos los preparativos de mi estada. Luego mis amigos se irán, dejándome solo. Por ahora, descarga del material.

MATERIAL NECESARIO PARA SOBREVIVIR
SEIS MESES EN EL BOSQUE

Hacha y maza
Toldo
Saco de yute
Pico y achicador de hielo
Patines de hielo
Raquetas de nieve
Kayak y remo
Cañas de pescar, hilo, plomadas,
moscas y anzuelos
Batería de cocina
Tetera
Taladro para hielo
Cuerda
Cuchillo y navaja suiza
Piedra de afilar
Lámpara de aceite
Queroseno

Velas
GPS, brújula, mapa
Paneles solares, cables y baterías recargables
Cerillas y encendedor
Mochila de montaña
Mochilas para el agua
Alfombra de fieltro
Sacos de dormir
Equipo de alta montaña
Mosquitero de rostro
Guantes
Botas de fieltro
Piolet
Grapas
Farmacia (diez cajas de paracetamol
para luchar contra los efectos del vodka)
SERRUCHO
Martillo, clavos, tornillos, lima
Bandera francesa para el 14 de julio
Bengalas anti-oso
Pistola lanza bengalas
Impermeable
Parrilla
Sierra plegable
Tienda
Alfombra para el suelo
Lámpara frontal
Saco de dormir a menos de cuarenta
grados bajo cero
Chaleco de la policía montada canadiense
Trineo de plástico

Polainas
Vodka y vaso
Alcohol de 90 grados para paliar la escasez
del artículo precedente
Biblioteca personal
Cigarros, cigarrillos, papel
de Armenia y caja Tupperware para
servir de humidificador
Iconos (San Serafín de Sarov, San Nicolás, familia
imperial de los últimos Romanov, zar Nicolás II,
Virgen Negra)
Cajones de madera
Gemelos
Aparatos electrónicos
Cuadernos y plumas
Viveres (pasta, arroz, tabasco, pan negro,
fruta en latas, ají, pimienta, sal, café, miel
y té para seis meses)

Es curioso, cuando uno decide vivir en una cabaña se imagina a sí mismo fumando un cigarro bajo el cielo, perdido en sus meditaciones, y en la realidad está puntuando listas de víveres en un cuaderno de contabilidad. La vida, ese trámite de almacén.

Empujo la puerta de la cabaña. En Rusia, la formica triunfa. Setenta años de materialismo histórico han aniquilado todo sentido estético en el ruso. ¿De dónde viene el mal gusto? ¿Por qué hay linóleo en lugar de nada? ¿Cómo fue que el kitsch se apoderó del mundo? La avalancha de los pueblos hacia lo feo fue el principal fenómeno de la mundialización. Para convencerse basta con circular por una ciudad china, observar los nuevos códigos de decoración del Correo francés, o la ropa de los turistas. El mal gusto es el denominador común de la humanidad.

Durante dos días, con la ayuda de Arnaud, arranco el linóleo, los hules, con palanqueta desprendemos los encofrados de cartón. Este desnudamiento descubre los troncos de las paredes, perlados de resina, y un parqué amarillo claro, del color del cuarto de Van Gogh en Arles. Volodia nos mira, consternado. No comparte nuestra idea de que la madera desnuda, en su tono ámbar, es más bella a la vista que el empapelado plástico. Me escucha cuando se lo explico. Soy el burgués que defiende la superioridad del parqué sobre el linóleo. El esteticismo es una desviación reaccionaria.

Hemos traído de Irkutsk una ventana de pino rubio con vidrio doble para remplazar el cuadrado que difunde en la cabaña una luz de comisaría. Para ubicarla, Serguei recorta con la sierra una abertura en los troncos. Trabaja nerviosamente, sin respiro, sin calcular los ángulos, corrigiendo los errores a medida que los provoca su precipitación. Los rusos construyen siempre las cosas en la urgencia, como si los soldados fascistas fueran a aparecer en cualquier momento.

En las aldeas que salpican el territorio, los rusos sienten la fragilidad de su condición. El lechoncito del cuento no se sentía más seguro, en su lecho de paja. Vivir entre cuatro muros de madera en medio de pantanos helados es una lección de humildad. Los caseríos no se construyen para la posteridad. Consisten en un montón de casuchas que crujen bajo los vientos del norte. El romano construía para mil años. Para el ruso, sólo se trata de pasar el invierno.

En relación a la violencia de las tormentas, la cabaña es una caja de cerillas. Hija del bosque, destinada a la podredumbre: los troncos de las paredes eran los mismos árboles que se alzaban en lo que ahora es el claro. Cuando su propietario la abandone volverá al humus. Ofrece en su simplicidad una protección perfecta contra el frío invernal. No afea el paisaje que la aloja. Junto con la yurta mongol y el iglú esquimal, comparte el podio de las más bellas respuestas humanas a la adversidad del medio.

Índice

Febrero	
El bosque	15
Marzo	
El tiempo	55
Abril	
El lago	105
Mayo	
Los animales	135
Junio	
Los llantos	173
Julio	
La paz	205

Sobre el autor

Sylvain Tesson nació en París en 1972. Geólogo de formación, desde muy joven protagonizó diversas aventuras (dar la vuelta al mundo en bicicleta, recorrer a pie el Himalaya o seguir los oleoductos que desde Asia surten a Europa). Tras debutar con una serie de libros sobre sus expediciones, en 2009 su colección de relatos *Une vie à coucher dehors* mereció el Premio Goncourt y el Premio de la Academia Francesa. Ha escrito, entre otros, los ensayos *Petit traité sur l'immensité du monde* y *Éloge de l'énergie vagabonde* (Premio Nomad's 2007), y colabora en periódicos como *Le Figaro* y en la realización de documentales. *La vida simple* recibió el Premio Médicis de Ensayo en 2011 y fue finalista de los premios Renaudot y Femina, se convirtió en un sorprendente éxito de ventas en Francia y está siendo traducido a once idiomas.